



[SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XVI Núm. 81	Dirección y Administración CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24	ABRIL 1927
--------------------	--	---------------

## Misterios de humildad

**V**IVÍA en Jerusalén un hombre poderoso en obras y palabras que era y se llamaba Dios e hijo de Dios. Llamábase Jesús, y su fama llenaba el mundo, y su nombre había llegado hasta el trono de los Césares donde no se oía más que el nombre de los tiranos y el ruido de sus orgías. La envidia del diablo, que trajo la muerte al mundo, invadió el corazón de los fariseos, enemigos implacables de Jesús, y el fuego de la venganza encendió en iras crueles el corazón de los magistrados.

Y puestos de acuerdo, habían decretado la muerte de aquel hombre cuyos labios sólo se abrieron para enseñar doctrinas sublimes y maravillosas, cuyas manos sólo se levantaron para bendecir, obrando prodigios nun-

ca vistos ni oídos de las gentes, cuyos pies sólo se movieron para derramar consuelos y sembrar beneficios.

Era la tarde anterior al día de Pascua, cuando Jesús, sabiendo que iba a morir, reunió a sus discípulos en un salón alquilado, para celebrar, según costumbre de los judíos, la cena legal.

Sentóse el Maestro rodeado de sus discípulos, y terminada que fué la cena prescrita por la ley, levantóse de la mesa, y ciñendo su cintura con una toalla, echó agua en una jofaina y comenzó a lavar los pies de los Apóstoles con aquellas manos que fabricaron el Sol y la Aurora. Atended. ¡El Dios de la eternidad humillado ante los hijos del polvo; el Monarca de todos los mundos de rodillas a los pies de sus vasallos; el Maestro de reyes y naciones, lavando los pies a sus

discípulos; el Santo de los Santos besando los pies a Judas! Los cielos y la tierra debieron asombrarse en presencia de la Majestad de su Criador humillado y anodado. Así hechó los fundamentos de la verdadera grandeza. Ejemplo quiso darnos *para qué*, como Él se humilló nos humillemos también nosotros. Aunque en esta célebre noche no hubiera hecho Jesucristo otras obras maravillosamente fecundas, ni enseñado otras doctrinas que la doctrina y el ejemplo de la humildad, ésta fuera bastante para proclamarle Redentor divino de los hombres y Salvador amoroso de las naciones. Desde entonces conocemos el misterio de la humildad y sabemos descifrar el enigma de la verdadera grandeza.

Porque sabemos que es ley indeclinable, así de las inteligencias como de los corazones, así de los individuos como de las sociedades, ley soberana revelada por Jesucristo en el Cenáculo,

confirmada con su ejemplo, y sellada con su sangre en el Calvario, promulgada en todo el Orbe por sus Apóstoles, consignada en las divinas páginas del Evangelio. Código inmutable y eterno del mundo moral, a saber: que será ensalzado el que se humille, y será humillado el que se aice soberbio contra Dios ó contra sus hermanos. Desde entonces sabemos que así como la virtud es la más alta de las grandezas, la humildad es la más grande de las virtudes; que Dios se complace en derramar sus dones sobre el corazón de los humildes, y niega su gracia a los soberbios; que la humildad ocupará un trono de gloria en el reino de los cielos, donde Jesús, Rey de los humildes, está sentado en altísimo trono lleno de poder y majestad, mientras que la soberbia será precipitada en los abismos donde relampaguea, envuelto en llamas de fuego, Lucifer, el rey de los soberbios.

---




---

## Dolores y resignación

---

**E**RA una noche... callada y triste, cual la muerte. Noche de dolor y lucha. En la augusta majestad de su silencio, la gigantesca ola de las iniquidades humanas, arrolladora e implacable como siempre, avanzaba hácia su víctima.

Odios, rencores, maldades, pasión desordenada y salvaje, horrible hervidero de ignominia y de pecado. ¿A qué iba tanto furor y denuedo? ¿A luchar contra otros

rencores, contra otras pasiones más salvajes y depravadas aún? ¡Oh, no! En primer lugar porque no cabe ya mayor depravación que la que encerraban en su corazón aquellos monstruos, representantes de la bestia humana y luego porque querían acabar con la Verdad, una Verdad que, sin dejarlos un momento, les impedía seguir viviendo en medio de sus vicios, echándoles en cara su inicuo cuán inhumano proceder. ¡Triste paradoja! El odio contra el Amor; la debilidad hu-

mana satisfaciendo sus brutales instintos, en busca de su libertad temporal, a costa de la condenación eterna de su alma pecadora.

¡Oh contraste cruel! ¡Cuántas veces te has repetido desde aquella noche!... Porque los hombres somos así. Por la dureza de nuestro corazón, unas veces, y las más de ellas por nuestra culpable ignorancia (ignorancia que desgraciadamente no nos libra de los funestos errores y serios castigos que la falta de fé y de confianza en Dios nos proporciona) preferimos, a la esplendente claridad del Sol de la verdad, las tinieblas de la noche del pecado.

Por esto iba triste Jesús. Pensaba en sus hermanos a quién tanto quería y su angustia aumentaba por momentos, viendo que en pago a su amor no iba a recibir, de muchos de ellos, más que tormentos, injurias, clavos, espinas... ¡tibieza, ingratitud!

\*\*\*

Y llegó con sus discípulos a una granja llamada de Getsemaní y llevándose consigo, aparte, a tres de ellos, empezó a entristecerse y angustiarse diciéndoles: «Mi alma siente angustias mortales; aguardad aquí, velad conmigo.»

Empezaba su tormento. Tomó libre y voluntariamente, sobre sí, todas las amarguras y dolores que habíamos merecido por nuestros pecados y, bajo su aplastante peso, sintióse desfallecer. Adelantóse algunos pasos, púsose de rodillas y levantando sus manos en actitud suplicante, oró diciendo: «Padre

mío, si es posible no me hagas beber este cáliz, pero no obstante no se haga lo que yo quiero sino lo que Tú.»

Su debilitada humanidad protesta aterrorizada ante la amarga visión del Calvario, pero Jesús, aún en el paroxismo de su dolor, haciendo un supremo esfuerzo, sacrifica humildemente su voluntad a la de su Padre. Y aunque siente desmayar su corazón y traspasar por sus venas un sudor de sangre no deja por ello de aceptar con muy buena voluntad aquel cáliz de amargura con tal de satisfacer los deseos de Aquel que le envió para redimir, a costa de su vida, a toda la humanidad.

\*\*\*

Y ahora, amigo lector, fijando nuestra mirada en ésta dolorosa escena, meditemos un momento. Aprovechemos estos días en que la Iglesia nos recuerda lo mucho que nuestro amado Salvador padeció por nuestras culpas. Y compungiendo nuestro corazón con el más sincero de los arrepenimientos, confesemos nuestros pecados y hagamos propósito el más firme de impedir que se perpetuen sus tormentos y dolores por más tiempo. Acudamos a las puertas de sus Sagrarios e implorando humildemente su perdón, prometámosle que no le causaremos ya más disgustos con nuestro abandono y que corregiremos todos nuestros defectos para no permitir que llore por más tiempo nuestra perdición en la soledad de sus prisiones de Amor. Aprendamos de Él, y cuando el dolor de nuestras

adversidades o mortificaciones atormenten nuestro espíritu, alcemos nuestras manos en actitud suplicante y digamos de todo co

razón: «Padre, hágase siempre tu santa voluntad, para que jamás vea cumplirse la mía.»

*Ciudadela.*

A. DE ASÍS.



## Un ejemplo y una enseñanza

**S**E destaca en la vida del Venerable Don Bosco, una delicadísima escena que debiera ser objeto de continua recordación para todos los que, subiendo la cuesta de la vida, pasamos por trances en que parece que pugna por salir, de lo íntimo de nuestro corazón, un ¡no puedo más!

En ésta conmovedora escena intervienen dos personajes, almas gigantes en virtud y santidad: el uno es el apóstol de la niñez; el otro, su madre, la gran colaboradora del fundador de la familia salesiana en los rudos comienzos de su grandiosa obra.

Un día los niños habían destrozado, con sus juegos, el pequeño huerto que se hallaba al fondo del patio, huerto que la misma madre cultivaba con aquel esmero y cariño propios de una mujer tan hacendosa y práctica como era la buena Margarita Occhiena y habían causado otros desperfectos en la casa con sus correrías y algazaras las cuales el santo educador toleraba como naturales expansiones infantiles. La madre se presentó afligidísima a su hijo y le dijo: «Oyeme; ya ves que no puedo atender, como quisiera, los trabajos de la casa. Tus niños están



haciendo continuamente de las tuyas.» Y narrando los desperfectos que habían causado, terminó diciendo: «Yo pierdo la cabeza en esta torre de Babel. Mira, creo que lo mejor será que me vuelva a Becchi a concluir, en paz, los pocos días que nuestro Señor quiera concederme.»

El Venerable Siervo de Dios miró a su madre, conmovido, y por toda contestación, le señaló con el dedo un Crucifijo colocado en su escritorio.

Su madre lo contempló unos instantes y con los ojos arrasados en lágrimas dijo: «Tienes razón, tienes razón.» Y se volvió a sus quehaceres y desde aquel día sus labios no pronunciaron ninguna queja más.

Nos parece que huelga todo comentario. Lo útil será la meditación de esta escena y tomar la resolución de ponerla en práctica para toda la vida. Estamos en días solemnes en que la Iglesia nos recuerda la muerte de Nuestro Redentor. En el mundo y sobre todo en la época actual, faltan dos cosas de las que la madre de Don Bosco nos dá aquí un alto ejemplo: la contemplación del Crucificado y la conformidad en las adversidades de la vida.

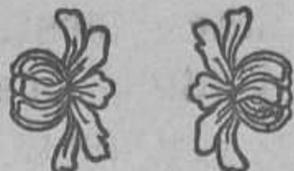
Haciendo lo primero, es decir, considerando lo que Jesucristo sufrió por nosotros, nos parece-

rían más ligeras las cruces que llevamos sobre nuestros hombros, se dirían menos lamentaciones que aumentan los males

que padecemos y se experimentaría más resignación que las endulzara.

A. DE SALES.

*Ciudadela, abril de 1927.*



## Al Corazón llagado de Cristo

Llaga Divina,  
dulce Costado  
de mi Dios,  
pecho rasgado  
por mi amor,  
mi frente se inclina  
para abrazarte,  
y adorarte,  
con fervor.

Manas sangre salvadora,  
bienhechora,  
¡oh Divino Corazón!  
y esta sangre, aquí abundante,  
purifica  
y santifica  
mi pobre alma, tan hambreada  
de tu amor.

Balbuente,  
lo que mi pecho siente  
nunca sabré expresar,  
¡oh Jesús bienamado!  
cuando despues de adorarte,  
bendecirte y venerarte,  
me propongo contemplar  
tu Corazón destrozado,  
tan herido y lastimado,  
por su grande, intenso amor,  
que me muestra la ancha herida  
que es mi vida  
porque es tuya ¡oh mi Señor!

De tu pecho suavísimo  
 amantísimo  
 cual si fuera un manantial,  
 a raudales  
 inmortales,  
 surge néctar celestial,  
 que mi alma presurosa  
 bebe y gusta, venturosa,  
 cual joyante mariposa  
 que, dichosa,  
 liba néctares de un rosal;  
 del Corazón inflamado,  
 inmolado  
 de mi Dios,  
 casta fuente embriagadora,  
 donde bebo, a toda hora,  
 los raudales del amor.

—

En tu llaga yo me adentro,  
 como en centro  
 de mi más férvido anhelo;  
 en tu llaga que es mi cielo,  
 mi descanso y consuelo,  
 y es mi amor;  
 en la llaga dolorosa,  
 amorosa,  
 de tu Costado Divino,  
 donde he visto y he gustado,  
 de continuo,  
 ¡oh mi Dios!  
 el cielo idolatrado  
 de tus inmensas bondades  
 y favores,  
 el cielo de tus ardores,  
 el cielo de mis saudades  
 donde siempre me he embriagado  
 en suavísima efusión  
 con las mieles y dulzores  
 de tu amante Corazón!...

JOSÉ TUDURÍ MOLL,  
*Lectoral.*

*Ciudadela (Menorca), Semana de Pasión, 1927.*



## LOS DOLORES DE MARÍA

**O**H, María!, dejad que mi alma se asome al mar inmenso de dolor que encierra vuestro Corazón.

No he de llegar jamás al fondo, ni hay poder en mí para conjeturar la extensión, ni vislumbrar la intensidad; que solamente a Dios es dado adivinar el centro de ese abismo de pena en que vuestra alma está sumida.

¡Qué días los de la pasión del Salvador para vuestro corazón de Madre amantísima!

Aquel atropello brutal del prendimiento cuando la Bondad es reducida a prisión como un malfactor.

Sin duda el beso de Judas llegó hasta vos ¡oh, Madre! como un soplo empuñado, como una llamarada del infierno.

¡Qué noche la del pretorio!

Cuando no os trajeran nuevas de la befa y escarnio satánicos, Juan el Apóstol o María la Arrepentida, sería el ángel del dolor triste mensajero de la flagelación, de la corona de espinas.

¡Qué camino el de la amargura!

Mi corazón es raquítico y egoísta; sin embargo un escalofrío sacude mis carnes al pensar que un día pudiera ver a uno de los que amo hecho escarnio de las turbas, camino del suplicio.

Y vos hal'ásteis al divino Jesús y su mirada se clavó en vuestra mirada...

Y le visteis clavado en cruz, y cómo se desangraba el Corazón amante, y lo tuvisteis exánime en vuestro regazo maternal... y adivinasteis que la sangre derramada para salvación de todos, sería para algunos infructuosa.

¡Oh, Madre!, yo temo a la cruz cuando ella viene a mí, con su cortejo de amarguras. Sin embargo estoy convencido que Dios quiere salvarme por este medio.

¡Grabad esta verdad con caracteres de fuego en mi mente y esculpídlas en mi corazón con uno de los benditos clavos que en el Calvario traspasaron el vuestro!

¡Por vuestro dolor, Madre mía!

## Leyenda de Viernes Santo

**E**N tiempos remotos, el escambrón carecía de flores; largas espinas negras formaban su adorno. El rústico arbusculo, tan arcámico, crecía pobre y triste, como un helecho de regatos.

Jamás la suave mano de un ni-

ño, jamás los dedos rosados de una joven venían a acariciar sus ramas; el pajarillo no construía la cuna de su familia; la abeja y la mariposa se alejaban con desdén; el pobrecillo era desgraciado. Sus camaradas de zarzal eran orgullosos, porque poseían todo lo que encanta: belleza, color, perfume, mientras él no tenía nada que pudiese hacerle amar.



Cerca de la puerta de Sión el escambrón se escondía bajo las ramas de un grandioso acebo, todo resplandeciente con sus frutos de coral.

Pero llegó un día, día siempre memorable para el escambrón, en el cual se divorció de su humilde condición y tomó puesto entre sus compañeros de fragancia y de hermosura. Un hombre, con aire feroz, acababa de arrancarle una de sus ramas. Era una larga rama erizada de espinas. La mano que la rompió era velluda, pesada, surcada de venas saledizas, de un aspecto terrible, pulida por el crimen. Esta mano de hierro tejió la rama, formó una corona, y puso duramente este doloroso e irónico símbolo de soberanía sobre la cabeza del Salvador.

Como clavos, las espinas se hundieron en la carne divina, y la savia, mezclándose a la sangre, se deslizó como dulces lágrimas, inundando y refrescando la frente del Divino Maestro Supremo.

Entonces, en su amor universal para toda la naturaleza, para la obra de su Padre, el Hijo de Dios, con una mano de desfallecimiento, acarició la rama compasiva.

Por recuerdo de este ímpetu de dulzura, Jesús permitió que

las flores brotasen de la corteza negruzca, en los finos cordones, a lo largo de los tallos del arbusculo. Cubrieron hasta sus menores ramillas y ocultaron las espinas mortales bajo la nieve de sus blancos pétalos, y de sus pebetos nacarados salió un delicioso perfume... y las santas mujeres, errando por el camino de Gethsemani, se asombraron de estar rodeadas de una nube nevosa de flores de escambrón, que se esparcían en un juncal blanco sobre sus tristes espaldas, y sus vestidos de duelo fueron desgarrados por los piuchos terribles, y la lluvia olorosa hizo a sus pies maltratados un tapiz de terciopelo.

Desde esos tiempos lejanos del gran drama de la Pasión, cada año el escambrón adorna su joyero florido en la época de Semana Santa.

Es la primera planta que se embellece de blancos copos, cual una nube de flores, semejante al vuelo sedoso de alas invisibles.

Una sola rama escondida en medio de setos, basta para embalsamar el cielo. La flor del escambrón es el símbolo. El aroma de sus primeras flores es el incienso que eleva a Cristo un cántico de esperanza y de amor.

Jesús ha perdonado.

X.



### **Advertencia**

El propósito de dedicar el presente número de nuestra Revista, al recuerdo de los sacrosantos misterios

que en estos días conmemora nuestra Madre la Iglesia, nos ha hecho suspender la inserción del *Folletín* que venimos publicando y que, D. M., terminaremos en el próximo número.